

## «Imbunche»<sup>1</sup> y apellido en la narrativa de Jorge Edwards

Roberto Hozven

«Ser escritor en Chile y llamarse Edwards es una cosa muy difícil»—interpela Pablo Neruda a Jorge Edwards cuando se conocen en 1952<sup>2</sup>. ¿Qué polvillo venenoso circula alrededor de los apellidos que nos los hacen tan difíciles? «Llamarse Edwards, en Chile» —comenta Edwards— oscila entre «un punto de satisfacción secreta» y una incomodidad resentida ante «ese símbolo de poder económico que tiene el apellido entre nosotros» (*ibid.*). Enunciativamente, los apellidos de alcurnia y de poder político deslumbran y resienten, causan agrado y escozor en quienes no los llevan cuando los escuchan. Tienen el aura de lo foráneo entre nosotros; al pronunciarlos reconocemos la enorme distancia desde la que se los oye. ¿Qué nos dice esta distancia, *a sotto voce*? Lo lejos que se encuentra la mayoría de los chilenos de las instituciones reguladoras de nuestra convivencia nacional. La mezquindad del vínculo entre el grueso de la comunidad, situado fuera del poder, y los protagonistas de nuestras páginas sociales o de política farandulera.

Podría argumentarse que éste es un fenómeno universal. Replico: en parte. El problema, en Chile, es la ineffectividad de los mecanismos mediadores entre dos polos: el de quienes exhiben la impunidad de su poder, incluso de impuestos (los sobresueldos ministeriales, por ejemplo), y el de la exasperación y vulnerabilidad del grueso de la población, quienes se las sufren todas. En las democracias establecidas, cada

<sup>1</sup> «Imbunche», voz mapuche: «ser maléfico, deforme y contrahecho al que se le descoyuntan los huesos de los hombros, caderas y rodillas» (Diccionario de la lengua española, RAE). Por extensión: «cualquier cosa enredada, inextricable, pleito enredado». «José Donoso ha resignificado la imagen del Imbunche y lo ha propuesto como un modo de comprender ciertas características nacionales del encierro, lo contrahecho, lo monstruoso y la manipulación del poder.» (Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos de Sonia Montecino. Santiago de Chile: Sudamericana, 2004).

<sup>2</sup> Apelativo con que Pablo Neruda saluda a Jorge Edwards, en 1952, cuando lo conoce en su casa de Los Guindos, en Santiago de Chile. Jorge Edwards. Adiós, poeta... Barcelona: Tusquets, 1990, 25.

sufragista sabe –y siente– el vínculo poderoso que existe entre él y su representante (el diputado o senador por quien votó) a quién, de algún modo, controla de vuelta. Además, entre nosotros, se suma el desbordamiento de la lógica dinástica y sectaria más allá de las fronteras habituales de la gran burguesía tradicional. En efecto, ¿no se habla ya, hoy en día, de los Lagos (Escobar –el actual presidente– y Weber –su hijo), de los Frei, de los Zaldívar, así como antes se hablaba de los Alessandri o de los Errázuriz? Este fenómeno transforma la función integradora, propia de la política, en una instancia de poder desintegradora, nepotista, que, precisamente, «se ha mostrado más lejos de aquellos que la necesitan de modo inexorable, aunque en su desesperación y descreimiento abominen del todo de ella»<sup>3</sup>.

El discurso fundacional de la nación, que se teje y desteje alrededor del nombre apellido, nos hace escuchar en sordina nuestra exclusión existencial de la historia y memoria oficiales. Estos apellidos ubicuos (presentes en las calles, monumentos, poblaciones, efemérides) recortan de la órbita de la memoria los derechos de otros actores culturales del pueblo de Chile. Les recortan su derecho a estar ahí, en la memoria nacional oficial. ¿Qué sabemos de otras tradiciones culturales existentes desde siempre en la nación chilena, pero ausentes de su acta de fundación y de nuestra práctica cívica cotidiana? ¿Dónde están los aymaras, atacameños, diaguitas, kawérkar, mapuches (los únicos polémicamente presentes), rapanui, tradiciones urbano-campesinas, yámana, etc.? Los apellidos de poder y alcurnia se lo llevan casi todo, su hegemonía borra esas tradiciones y monopoliza las verbalizaciones culturales.

Volviendo al apellido, la antropóloga María R. Stabili escribe: «El apellido, como elemento central dentro del proceso de diferenciación de los grupos sociales, al menos en Chile, constituye un código comunicacional de extraordinaria importancia, pues sintetiza y transmite, en una sola palabra, muchísimas cosas: el tipo de familia, su estructura, la parentela y los valores que la familia manifiesta a través del comportamiento político, económico y social de sus miembros. ... asimismo es fundamental para comprender la historia del país. ... en una sociedad

<sup>3</sup> Beatriz Sarlo, «Ser argentino: ya nada será igual», en *Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta. Introducción de J. Martín-Barbero. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional, 2001*, 52-53.

tan restringida como la chilena, todos se conocen y todo se sabe de todos»<sup>4</sup>.

Y cuando ocurre que no se sabe de alguien es porque se trata de «un apellido cualquiera»<sup>5</sup>. Sus portadores caen en una anonimía existencial e histórica, próxima de la inexistencia social. Sus apellidos corrientes hacen de ellos anónimas «gente de la ciudad»—título del segundo libro y recopilación de cuentos de Edwards. Entre nosotros, el apellido corriente cae bajo la amnesia. Indudablemente, este olvido sistémico del apellido de la mayoría silenciosa de la población, al extenderse en el tiempo, forja un espacio simbólico de pertenencia, un molde por el que la esfera pública «cualquiera» se autopercibe como identidad desdénada y «ninguneada». ¿De qué manera la narrativa de Edwards<sup>6</sup> asume este desdén identitario, especialmente tomando en cuenta que él «no se complace con la ilusión de hablar desde un lugar privilegiado»?<sup>7</sup> ¿Cómo deconstruye su narrativa el privilegio de la identidad fundacional asociada al apellido?

En el primer libro de Edwards (*El patio*, una compilación de ocho relatos)<sup>8</sup>, la importancia del apellido resalta por omisión; como si el joven escritor, ansioso por desprenderse del traje de plomo del linaje, se apurara por presentarnos a sus personajes fuera del efecto enmohecedor y distorsionador del follaje genealógico. Un solo apellido en los ocho relatos de *El patio*. En el último de ellos, «La desgracia», el apellido corriente del niño protagonista cumple un papel fundacional e irónico para la trama del cuento: José Casas. El contexto es colegial y cloacal: un niño es abusado por sus compañeros y por las autoridades de la institución. El niño reacciona con una diarrea compulsiva, protección y protesta ante el abuso a que es sujeto; finalmente, su calzoncillo termina taponando una alcantarilla del baño del colegio. Las autoridades lo castigan exhibiendo el calzoncillo, a la vista de todos, con sus respectivas «iniciales y número del portador, grabados en buen hilo

<sup>4</sup> María Rosaria Stabili. El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960). Santiago: Editorial Andrés Bello, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003, 106.

<sup>5</sup> «Y mi madre, que se sentía muy aristócrata, cuando le preguntaban por un apellido cualquiera decía: 'No lo conozco. ¿Quién será?' o ¡Ah, el apellido no te lo podría decir, porque es uno de esos apellidos corrientes que nunca logro recordar!»—testimonia a Stabili otra informante de prosapia. Ibid.

<sup>6</sup> Jorge Edwards. Gente de la ciudad. Santiago: Editorial Universitaria, 1961.

<sup>7</sup> Adriana Valdés, «Ejercicio de admiración», Revista de Libros, El Mercurio, 31 de diciembre 1999.

<sup>8</sup> El patio. Santiago: Imprenta Soria, 1952.

rojo.» (99) La institución acusa recibo de la protesta infantil, sintomatizada por el órgano, y la reprime consecuentemente. La rebeldía del órgano, su diarrea, es sancionada con la vergüenza, con la denuncia pública de la enorme distancia a que se encuentra el niño respecto de los valores y costumbres inculcados por el colegio, y por los que debiera regir su vida actual y ulterior. El apellido ironiza la integración social de su portador: de varias casas a una de sus alcantarillas.

En otro cuento, «Adiós Luisa» –publicado 15 años más tarde<sup>9</sup>–, Edwards retoma el tema y nos cuenta el futuro de José Casas, el hombre que resultó de la represión ejercida sobre los intestinos del niño en rebeldía con la institución. Del taponamiento de las alcantarillas de su colegio, con sus diarreas compulsivas, el pequeño José evoluciona en Casas: un hombre alcoholizado que repudia a su madre, a su tradición católica y que concluye, en un raptó pasional, asesinando a la *femme fatale* con quien se había casado. De su modesta «cagadita» local en el baño de su colegio, José madura en un adulto que deja la gran «cagada» arrojando por la ventana todas las connotaciones de su apellido. La fundación de la nacionalidad asentada en el apellido Casas; sucedáneo simbólico del lar, centro hogareño desde donde la familia crece y se irradia, amparada por sus penates, hacia la totalidad de la nación tornándose en fundamento de la sociedad civil –repito–, esta imagen irradiante de la nacionalidad degeneró en el adulto José Casas. Degeneró como antes las energías libidinales del niño Casas se habían escurrido por las alcantarillas transformadas en heces. Recordemos que las heces –como lo sabemos después de Freud– son también el primer regalo, el primer oro que un niño puede dar y por el que se autovalora. Con su diarrea, el pequeño José protesta y se defiende de quienes lo abusan, «los caga», por cierto, pero también y más profundamente se autodestruye, «se caga a sí mismo» cuando derrocha y vacía la energía de su vientre, su único capital simbólico, como si éste fuese –recordemos a Melanie Klein– un mal objeto que hiciera de él un peor sujeto. En consecuencia, el niño Casas madura en un hombre miserable, en un uxoricida que repudia a su madre conjuntamente con los valores de su iglesia, antes venerados.

La didáctica punitiva y sádica sufrida por el niño Casas erosiona en su apellido, así como en la nación por extensión simbólica, cuatro de

<sup>9</sup> En *Las máscaras*. Barcelona: Seix-Barral, 1967, 55-88.